

ALFAGUARA


Marina Mayoral

Deseos

No decía palabras,
Acercaba tan sólo un cuerpo interrogante,
Porque ignoraba que el deseo es una pregunta
Cuya respuesta no existe,
Una hoja cuya rama no existe,
Un mundo cuyo cielo no existe.

LUIS CERNUDA

Los placeres prohibidos

06.30 h

Dictino

Dictino bosteza estirando los brazos, hace dos o tres movimientos gimnásticos y levanta la tranca de la puerta. Las hojas de madera crujen al abrirlas. Se asoma al umbral. Todavía no se han apagado los faroles, pero una luz tenue, rosada, ilumina el cielo por encima del monte. La torre de la catedral empieza a recortarse contra el cielo del amanecer. Dictino mira hacia las ventanas de las casas de enfrente y echa una ojeada a lo largo de la calle. En la casa de la doctora le ha parecido ver una figura en la ventana. Un hombre baja pausadamente desde lo alto de la cuesta, con las manos en los bolsillos.

Es don Héctor Monterroso. ¿De dónde vendrá éste a las seis de la mañana? De casa de doña Constanza, seguro. ¿Y qué? Tú a lo tuyo, Dictino.

Entra en el taller y sale de nuevo con un tablón que apoya en la pared de la casa, justo a tiempo de saludar al paseante.

—Buenos días, don Héctor.

—Buenos días, Dictino... ¿Cuándo vas a llevarme las tablas? En un mes inauguramos; no se puede retrasar.

—Con ellas estoy, don Héctor, ya ve a qué horas. Están casi listas, pero he tenido que acudir a una urgencia. A unos vecinos se les vino abajo la cocina, casi se matan, falló una viga, estas casas tan viejas, ya sabe... Las tablas casi están, pero es un trabajo que lleva tiempo, la talla no es como meter la máquina...

—Ya, ya, pero las necesito la semana que viene, Dictino. Hay que desmontar los andamios.

—No tenga duda, en ocho o diez días se las llevo.

El otro sacude la cabeza y sonríe.

—Mejor siete, Dictino... Que tengas un buen día...

—Usted también, don Héctor.

Dictino se mete en el taller. Va hacia un banco antiguo de carpintero. Enciende dos focos. Con uno ilumina una fotografía de gran tamaño de un grabado antiguo; el otro lo dirige hacia el banco. Levanta el paño que cubre una madera en la que se reproducen las figuras del grabado. Pasa la mano con suavidad sobre la madera, es casi una caricia.

Seguro que de casa de doña Constanza.  De dónde va a venir con esas barbas de haber pasado la noche, y esos ojos cansados? Pero ha aprovechado la ocasión para recordarte el plazo...

Dictino se acerca a un calendario sujeto con una punta a la pared. Es una foto de una playa desierta en cuya parte baja está escrito «Banco Pastor». De ella cuelga una hoja en cuya parte superior se lee: Octubre 1982. Señala con el dedo el día 12 y va avanzando hasta el día 20. Ocho días. Vuelve a la puerta y la atranca.

Así no habrá interrupciones. Nada de siete días. Ocho y gracias. Se le veía cansado, pero te ha hablado del trabajo. La costumbre de pasar la noche con ella le deja pensar en su trabajo, y reclamarte las tablas, lógico, está divorciado, nadie puede hacerle reproches ni pedirle cuentas. T  saliste de all  como en una nube, borracho sin haber bebido.

Dictino suspira y escoge una gubia. Enciende la radio y busca una emisora con m sica suave. Observa la fotografía y las líneas de lápiz trazadas sobre la madera. Clava con cuidado la hoja afilada y las virutas amarillentas empiezan a brotar de ella. De vez en cuando las aparta con la mano, reteni ndolas entre los dedos.

Quizá haya salido a andar, padece de insomnio y se le veía cansado. Poco estuche los Monterroso jóvenes, buena facha, y guapos, todos guapos, eso sí, pero de poco

aguante y poca salud. El viejo era otra cosa, un roble, y con las mujeres un toro, las aldeas llenas de hijos naturales, pero todos consentidos, ninguna dijo que fuera forzada. Por miedo dicen algunos, pero cuando las cosas cambiaron, y ahora mismo, quién les impedía decir que las había forzado. Y ninguna lo dijo, nunca. Tuvieron sus hijos, y tuvieron sus ayudas. Y antes tuvieron el gusto de follar con don Pedro Monterroso. Y cuando murió la vieja hasta soñarían con convertirse en las señoras del pazo. Pero don Pedro se casó con doña Constanza y a ella no le gusta vivir en el pazo. En cuanto murió el viejo se vino.

—No me gastaré un real en arreglar este caserón, Dictino. Está hecho una ruina. La galería que quiero que arregles es la de la casa de Brétema.

Desde el primer día te trató de tú y como a persona a quien se conoce de toda la vida. Os habíais visto pocas veces y tú dudabas que ella se hubiera fijado en ti, pero sí que se había fijado:

—Tienes un taller junto a las monjas, ¿verdad?

Dictino sopla sobre la tabla y coteja la figura que empieza a destacar en la madera con el dibujo de la fotografía.

El viejo Monterroso con doña Constanza hoció, y se casó; en Madrid y sin invitados, pero matrimonio fue, bien que jodió a toda la parentela. Dijeron que doña Constanza era una puta, de postín, de las que salen en las revistas, pero puta. Fueron los propios Monterroso, cuando murió el viejo, antes no se atrevían, echaron a rodar el insulto y la gente lo repite, esas cosas les gustan, los trapos sucios de las personas que envidian. A saber si es cierto, y si lo es ¿qué? Tú siempre la has defendido, aun antes de que pasase lo que pasó. Ella te trató de tú desde el primer día, no lo hace con todos, es una señal de confianza. Al Florencio lo trata de usted, aunque es más joven: Póngame un interruptor aquí y otro al final de la escalera y cambie los focos del cuarto de baño por otros que den más luz. Le da órde-

nes, y a ti no; a ti te pide tu opinión y acepta tus sugerencias, y cuando vio el trabajo te dijo que eras un artista. Tú, de usted y de doña Constanza, es lo propio y también lo que te sale espontáneamente, te estima y tú a ella, pero con respeto, lo normal. Aquello fue algo... excepcional, único, no lo dudaste ni un instante, no iba a cambiar nada, buenas relaciones tenías y buenas relaciones tienes. Ya te invitaba antes a una copita de oporto cuando terminabas un trabajo y después te siguió invitando, igual. Te ha aficionado al oporto blanco. Tú no sabías ni que existía. Se lo dijiste y ella se rió con esa risa suya, una risa especial, cómplice, a ti te parecía que cómplice era algo malo, cosa de ladrones o parecido, hasta que se lo oíste a Amalia, y Amalia te explicó:

—Pues tienes razón, Dictino. El diccionario dice que cómplices son los que participan en un delito. Pero ahora se usa también para decir que dos personas se entienden bien, participan en algo que puede ser bueno. Por ejemplo: las viejas de Silva intercambian entre ellas miradas cómplices, y no es que hayan cometido un crimen... No sé si lo he explicado bien. Lo que tú dices es lo correcto, pero el uso que mucha gente le da es otro...

Se explica bien Amalia, si la dejan hablar no la cuelgan, y a ti te gustó la palabra, así es la risa de doña Constanza: risa cómplice, se ríe y sientes que está contigo y tú con ella, en lo bueno o en lo malo. Se rió y dijo que ella tampoco sabía que existía el oporto blanco hasta que le dieron una copa en la casa del rey, del padre del rey.

—Sí, Dictino, yo bebí oporto blanco por primera vez en la casa de don Juan, en Portugal. Pero no lo comenté, porque creerán que, en lugar de asistir a una recepción, me acosté con él. No creas que no sé lo que cuentan los parientes de mi marido.

—Yo no comento nada con nadie, doña Constanza. A mí los chismes del pueblo me tienen sin cuidado. ¡Si supiese lo que hablaron cuando yo me casé con Amalia! ¡Hasta dijeron que la había violado!

—Algo me ha contado Maruxa. Se sabe la vida y milagros de todo el pueblo, pero, mira, es limpia y honrada, y cuando se pasa de la raya le digo que no me cuente chismes y ya está.

No te lo preguntó porque es discreta y tú no se lo contaste, porque lo que pasó entre tú y Amalia no es para contárselo a nadie, tú eres un hombre cabal y los hombres cabales no cuentan esas cosas, pero le dejaste claro que de violación, nada.

—Poco hay que contar, sólo que ella entonces llevaba la farmacia de la boticaria, de doña Blanca. Era ya maestra, pero no le dejaban ejercer porque su hermano, el médico, don Germán, estuvo en la cárcel por rojo. O sea, que tenían fama de rojos, pero de gente educada, bien relacionada, amigos del marqués de Resende, que gracias a él no mataron a don Germán, y amigos también de las viejas de Silva. En fin, en resumen, que era una señorita y yo un bruto, mucho más bruto aún que ahora, que con los años y el roce a uno se le va pegando la finura...

Doña Constanza se rió de esa manera suya, echa la cabeza hacia atrás y le palpita el cuello que parece marfil entre los rizos rojos y se le ven todos los dientes tan blancos y brillantes; se ríe como una artista de cine.

—La gente no sabía que nos veíamos, porque nos veíamos a escondidas, pero cuando nos casamos iba de tres meses y enseguida se le empezó a notar y entonces salieron con eso de que la había violado, y que por eso había tenido que casarse conmigo...

Doña Constanza lo entendió sin necesidad de que le contases lo que nunca contarás a nadie. Es lista doña Constanza y sabe marcar las distancias. A Florencio y a los otros operarios les ofrece de beber, cerveza si es verano y un café en invierno, pero no se sienta con ellos a tomarlo, ni les da conversación. Sólo alguna pregunta de cortesía, cómo van las cosas, qué tal la familia, los niños. Sólo contigo se sienta a hablar, no siempre, porque a veces también

tú andas apurado, cada vez hay más trabajo, pero cuando los dos estáis sin prisas, se sienta un rato y habláis. En realidad el que habla casi siempre eres tú. Doña Constanza escucha y de vez en cuando dice algo que te lleva a seguir hablando, a contar cosas que nunca le has contado a nadie, porque también lo que ella dice es como lo que sólo se le cuenta a un amigo, o al cura.

Te has preguntado muchas veces cómo empezó aquello, cómo llegó a pasar lo que pasó. Y casi estás seguro de que empezó por lo que le contaste de Amalia, del disgusto tan grande cuando a su hermano no le dieron la Medalla del Mérito al Trabajo. Aún tenía enemigos de la época de la guerra, como don Juan Moirón, que decía que era un matasanos que no los había podido matar a tiros y los iba a eliminar uno a uno ejerciendo de médico. Años después se la dieron, el marqués de Resende se empeñó y lo consiguió, pero costó trabajo, y cuando se la denegaron Amalia lloró con desesperación y dijo que nunca reconocerían lo que su hermano había hecho por los demás. Doña Constanza dijo que tenía razón, que era muy injusto, y después se quedó pensativa y dijo:

—Pero siempre hay algo que deseamos y que no conseguimos. Y hay que aceptarlo.

Lo dijo como si hablase de ella, como si estuviese haciendo balance de su vida. Tú te quedaste callado, ella sirvió otra copa de oporto blanco:

—Yo, lo que más deseaba en la vida, lo único que de verdad he deseado en la vida, no lo pude conseguir.

Tú seguiste callado y serio porque pensaste que acababa de hacerte una confesión muy importante. Doña Constanza también estuvo callada unos instantes y después suspiró y te dijo, sonriendo:

—Y tú, Dictino, ¿has conseguido lo que más deseabas en la vida?

No eres tonto; ignorante sí, pero no tonto, te diste cuenta de que ella no iba a decirte cuál era aquel deseo que

no había podido cumplir, y de que tampoco te iba a preguntar el tuyo. Sólo trataba de decirte que hay que aceptar los fracasos y tirar para delante, y que ella no era una buscona que había conseguido casarse con el viejo Monterroso. Quiso decirte que tenía dinero y una buena posición, pero que no era eso lo que más había deseado. Que lo que más había deseado no lo había conseguido. Quizá tenía que ver con aquel hijo que vivía en el extranjero y que sólo una vez apareció por Brétema. O quizá no. Quién sabe. Lo que te dijo fue que no había conseguido lo que más había deseado, así de clarito. ¿Y tú, Dictino?... Con Amalia te entiendes bien, te gusta y la quieres; Blanquita es una hija ejemplar, lista y muy estudiosa, ha hecho Farmacia y Biología con buenas notas, hasta le ofrecen becas en Francia, y nunca os ha dado un disgusto; tus padres han tenido una vejez tranquila, han estado bien cuidados hasta el final; tienes más trabajo del que puedes abarcar y no te falta dinero. Pero...

—Pero tiene razón, doña Constanza, siempre hay algo que se desea y no se puede conseguir y te quedas con el reconcomio. A los demás les parecerá una tontería o una vergüenza, pero es así.

Doña Constanza se rió con su risa cómplice:

—¿Es algo vergonzoso, Dictino? ¿Tienes un deseo del que te avergüenzas?

Tú decidiste de pronto que se lo ibas a contar, y no porque el oportuno te soltase la lengua sino porque si hay una persona en el mundo que pueda entenderlo, ésa es doña Constanza. Pero te hiciste un lío al intentar explicárselo, porque empezaste con lo que decía Tomás de las putas de cien mil pesetas y no era de eso de lo que querías hablar. Le contaste que Tomás tiene un taxi y clientes de Madrid que pasan el verano en el Parador de la Costa, y que hace muchos viajes a París, otros dicen que a Suiza con dinero escondido en el taxi, la gente habla siempre cuando ve que a uno le van bien las cosas, y Tomás se ha

hecho una casa por todo lo alto, con mármoles y madera de roble, de lo bueno lo mejor. Y cuenta que sus clientes van con chicas que cuestan cien mil pesetas. Se ve que un día miró más de la cuenta y el tipo le dijo riendo: «Si te gusta, está libre. Son sólo cien mil calas el polvo». Contaba que la chica era un bombón, como la Brigitte Bardot, muy parecida, Tomás al verla creyó que era ella. Lo contó en el bar y todos tenían algo que decir, que igual sí que era la Brigitte, que por ese dinero, cualquiera, y otros decían que no hay mujer que valga cien mil pesetas ni por un polvo ni por una noche, ni la Brigitte ni Marilyn Monroe. Era un domingo a la hora del aperitivo y estaban también las mujeres, fueron ellas las que le tiraron de la lengua al Tomás, que ya lo había contado con pelos y señales a los amigos, esas cosas corren como el viento. Las mujeres empezaron a cachondearse y a decir locuras, empezaron a ponerse precio y a decirles a los maridos que por cuánto les dejarían irse una noche con otro hombre, y los tíos decían «yo a ti no te dejo ir con otro ni por todo el oro del mundo», o decían «de balde, te dejo ir de balde y para toda la vida», pero ellas insistían y los tíos acabaron diciendo que por mucho, mucho, mucho dinero, a lo mejor, total por una vez. Las mujeres cuando están juntas y se desmadran son más atrevidas que los hombres y allí se dijo de todo. Tú, no. Tú te reías, pero sin comentarios, que en boca cerrada no entran moscas, y Amalia no se reía ni nada, y en casa te dijo que era una cuestión de dignidad, el precio que cada uno pone a su dignidad, pero también cuestión de prioridades, o sea, que a veces en determinadas circunstancias hay que poner otra cosa por delante de la dignidad. Doña Constanza sabe lo que son prioridades, no tuviste que explicárselo, y también sabía, como Amalia, que después de la guerra hubo mujeres que se acostaron con los guardias de las prisiones para que les dejaran visitar a sus maridos, llevarles comida y medicinas. Sabe mucho de la vida doña Constanza, y dijo que sí, que

las mujeres cuando se desmadran son peores que los hombres y que las circunstancias te obligan a cambiar tus prioridades, así dijo. Pero no era de eso de lo que tú querías hablar...

Tú le explicaste a doña Constanza que algunos decían que el cliente le había tomado el pelo a Tomás y otros decían que era verdad, que había mujeres de lujo de ese precio, pero a ti eso no te importaba, o sea, no era ése el problema, tú habías trabajado toda tu vida como una mula y cuando uno trabaja toda la vida como una mula puede permitirse un capricho si es para cumplir un deseo, un deseo que tú tenías desde tus años mozos. Lo malo es que no podía ser, tú no querías pagarle a una mujer, no sabías cómo explicarlo, o sea, no querías que una mujer te aceptase por dinero. De joven fuiste de putas alguna vez, qué remedio, entonces las chicas no se acostaban. Desde que murió Franco es un desmadre, los kioscos llenos de mujeres desnudas y las calles de parejas dándose el lote, no es que te parezca mal, que disfruten, pero verlas en plena calle no te gusta. Blanquita tiene novio, a Amalia le gustaría saber si se acuestan, pero la chica es reservada, en la farmacia hay preservativos y también pastillas, ya no es una niña y ahora es normal, no es como antes, pero darse el lote en la playa o en el parque, no, esas cosas mejor a solas. Y lo de ir de putas, parece que los chicos ya no van, tienen amigas, ni siquiera novias, así lo resuelven, pero antes, qué remedio. Tú te quedabas siempre a disgusto, y no porque pensases que era pecado, eso con el cura y tres padrenuestros se arreglaba el día del Apóstol. Era un malestar de dentro, de haber comprado la voluntad de la mujer, en fin, que lo tuyo era un deseo imposible, ya lo habías asumido. Asumir es una palabra que también has aprendido de Amalia y significa justo lo que a ti te pasaba: algo que no tiene arreglo y te lo tienes que tragar. Así se lo dijiste a doña Constanza:

—¿Sabe cuándo me di cuenta, doña Constanza? Pues hace sólo un par de años.

Hasta entonces te inventabas historias, cincuenta años y soñabas igual que cuando tenías quince, bien podía reírse doña Constanza, te inventabas una historia con una mujer maravillosa, guapísima, estaba en peligro y tú la salvabas y ella te abrazaba y te besaba, y esas cosas...

—Hasta hace un par de años... ¿Se acuerda de la exposición que hizo el chico del fotógrafo?

—¿Fito?

—Sí, ése.

El oficio le viene de familia. Su abuelo montó el negocio, Fotos Rodolfo, y su hijo trabajaba con él. De las aldeas de alrededor venían a Brétema a hacerse fotos, las de los carnés y las de las bodas y los bautizos, o los llamaban para hacer las de los muertos; toda la vida los dos haciendo fotos y nunca se les ocurrió enseñarlas, y mira que algunas eran bien bonitas, fotos de la catedral y de los bosques de por aquí. Pues nada, alguna para los carteles de las fiestas y para de contar. Y llega el nieto, un chico de veinte años, recién acabada la mili, y llena las paredes del Círculo de Obreros de fotos de mujeres desnudas.

—En fin, mujeres no, todas eran de la misma, pero en diferentes posturas, unas con ramas de árbol y otras con velos, pero vaya, desnuda y bien desnuda: una chica preciosa, parecía un hada, con los tules y las flores y el pelo rubio cayéndole por los pechos y la espalda...

Por ahí tenías que haber empezado y eso era lo que querías contarle a doña Constanza, lo que Blanquita, que conoce al fotógrafo, que se llama Rodolfo como su padre y su abuelo, pero los amigos le llaman Fito, te había contado a ti: aquellas fotos eran lo único que el chico conservaba de la chica, que era americana, la conoció en Madrid, ella había terminado la carrera, se había tomado un año para viajar por Europa, parece ser que eso lo hacen mucho los estudiantes de aquel país, y conoció a Rodolfito y dejó que le hiciese aquellas fotos. Él se enamoró de ella, pero ella tenía novio y se volvió a América

para casarse con él, lo de Rodolfito no fue más que una aventura con un español, que dice Blanquita que a las chicas norteamericanas les gustan mucho los españoles, que hasta les dan un nombre especial a los de por aquí...

—*Latin lover.*

—¡Justo! Pues me lo contó y me di cuenta de que eso era lo que yo deseaba, doña Constanza: que apareciera una mujer así y se me echase en los brazos, aunque después se fuese para siempre, como la de las fotos. Una mujer maravillosa una vez en la vida. Pero para eso hay que ser... como el fotógrafo.

Estuviste a punto de decir, «hay que ser como don Héctor», pero por suerte te enmendaste a tiempo y ahora te alegras de no haberlo dicho, porque podía parecer que estabas intentando algo y no era cierto, estabas hablando con el corazón en la mano, pero algo te hizo callar el nombre y decir sólo:

—Hay que ser como el fotógrafo, que es joven y es guapo, y yo he sido siempre feo, feo y tosco, como un oso, y de viejo, peor. Así que tiene razón, todos tenemos algún deseo insatisfecho y hay que apenar con eso.

Doña Constanza se acordaba de la exposición, que tuvo mucho éxito, por cierto, vendió todas las fotos y no eran baratas, sin comparación con las de su padre o su abuelo, más grandes, sí, pero mucho más caras, y distintas, claro. A Amalia no le pareció bien que vendiese las fotos de la chica americana, igual ella no lo sabía ni sus padres, a nadie le gusta que su hija o su mujer o alguien de su familia ande por ahí desnuda en las paredes, y Blanquita dijo que algunos saben amortizar sus desengaños amorosos, y Fito era de éstos, pero a ti aquello te tenía sin cuidado, lo que importaba era que había tenido una mujer maravillosa, algo para recordar siempre, aunque después ella se fuese a América a casarse con otro. Esas cosas no eran sólo sueños, podían pasar, les pasaban a algunos. Doña Constanza había suspirado:

—Pero tú sabes, Dictino, que esas mujeres mara-
villosas sólo existen en los sueños o en las películas o en
las fotos de estudio.

Dijo que la modelo era guapa, pero que habría que
verla sin retoques, esas fotos se hacen con filtros y una
iluminación especial que elimina todos los defectos.

—Las mujeres en la vida real, hasta las más guapas,
tienen arrugas, o granitos, o pelos, o michelines, o celulitis...

—No me crea más tonto de lo que soy, doña Con-
stanza, yo sé bien cómo mejora uno en las fotos, en las de
mi boda hasta yo parezco guapo. Sólo era para explicarle
que mi deseo no se puede cumplir, porque lo que yo deseo
no es una puta cara, alguien a quien pagarle para que se
deje hacer. Lo que yo deseo es un milagro, un sueño, y
«los sueños, sueños son», ya lo dijo Cervantes...

Dijiste Cervantes y no estabas seguro y más tarde
se lo preguntaste a Amalia y ella te dijo que el de los sue-
ños era Calderón de la Barca. Amalia te hubiera corregi-
do, no delante de la gente, pero cuando estáis solos te
corrige todo lo que dices mal y así has ido aprendiendo.
Doña Constanza lo dejó pasar, igual tampoco ella estaba
segura, o no le da importancia a esas cosas. Sólo sonrió y
te dijo:

—No sé si acabo de entenderte, Dictino. ¿Alguna
vez has visto, en la realidad, a una mujer con la que pu-
dieses cumplir tu deseo? ¿Has visto a alguien y has pensa-
do: «Con ésa»?

Y tú apuraste la copa de oporto y respiraste hondo:

—Pues claro... Alguna he visto; pocas, porque no
abundan. Pero hay una a la que veo muchos días porque
pasa por delante de mi taller...

—¿Y cómo es esa mujer, Dictino?

—Preciosa... y pelirroja... Y ahora permita que me
vaya, doña Constanza, y perdone si la he ofendido.

Te levantaste y habías dado ya unos pasos hacia la
puerta cuando te detuvo la voz de ella:

—¿Tienes prisa, Dictino, te esperan en casa?

Dijiste que no, que estabas solo, que habías convencido a Amalia para que se fuese a pasar unos días con la niña a Madrid. Necesitaba distraerse por el disgusto de la medalla que no le habían dado a su hermano. Y doña Constanza dijo:

—Si no tienes prisa, quédate, Dictino.

Y te quedaste. Y desde entonces te has reafirmado en la idea de que en el mundo hay una especie de justicia, que no tiene nada que ver con lo que dicen los curas de que en la otra vida recoges el pago a las buenas obras, sino más bien con el refrán aquel de «Quien siembra vientos recoge tempestades», pero al revés, o sea, algo como «Quien siembra días de sol recoge buen trigo», pero no hay un refrán así, y Amalia no cree que eso sea posible, se acuerda de todo lo que ha pasado su hermano y suele decir que cuanto mejor persona eres, peor te tratan, y que el mundo es de los pillos. Pero tú tienes pruebas de que no es así: tú le cumpliste a Amalia su mayor deseo, decidiste cumplírselo cuando ella te lo confesó, sin considerar el lío en el que ibas a meterte. Y mira por dónde, al cabo de tantos años, te vino de vuelta el favor, lástima que no se lo puedas contar para convencerla...

Dictino sopla sobre la tabla y se aparta para ver el efecto de lo que ha tallado. Se estira y hace unos movimientos gimnásticos.

Está quedando bien. Es un trabajo lento, pero te gusta hacerlo. Y eso también te ha venido por doña Constanza, desde que le hiciste la puerta del bargueño te llueven los encargos. Tu vida ha mejorado en todo desde aquel día, desde aquella noche. Por eso no consientes que se hable mal de ella en tu presencia. Tú eres un hombre que sabe agradecer los favores y te gustaría que también a doña Constanza se le cumpliera su deseo, «lo único que de verdad he deseado», eso es algo muy serio, es como si dijese que el dinero y la posición social y todo lo que ha conseguido en

la vida no tienen verdadera importancia para ella. Quizá se refería a algo que tiene que ver con ese hijo que vive en el extranjero, quizá, o con el padre de ese hijo... ¿O con don Héctor? No; con don Héctor, no. Doña Constanza es demasiada mujer para don Héctor..., aunque nunca se sabe... Don Héctor es joven y es guapo... ¿Y de dónde venía a estas horas y con aquella cara? ¿Y a ti, qué? Tú a lo tuyo, Dictino.

Suenan tres cuartos en el reloj de la catedral.

¿Tres cuartos para las ocho o para las nueve? Cuando haces talla se te van las horas sin sentir, y no te gusta llevar reloj, no te gusta contar las horas, de eso ya se encarga Amalia.